
Miguel Littín

Acta General de Chile

Realizar una película de tipo documental, que mostrara al mundo los hechos cotidianos que se suceden bajo la dictadura del general Pinochet, era un deseo de Miguel Littín madurado a lo largo de mucho exilio.

El ascenso al poder de Salvador Allende trajo de la mano para el país austral, fuera de los cambios sociales previstos, un notorio empuje en las manifestaciones artísticas y culturales. Fue así como la nueva canción chilena, ese movimiento de cantores de la vida: los Parra, Víctor Jara, los Quilapayún, los Inti *Illimani*, Patricio Manns, se desparramó por todo el país. De igual forma, y en el campo cinematográfico, Miguel Littín, cineasta por vocación, se aseguraba un puesto de importancia tras la realización de películas co-

mo “El chacal de Nahueltoro” y las “Actas de Marusia”, concebidas dentro de la nueva corriente del cine político y mediante la utilización de un lenguaje de imágenes con fuerza y contenido propios. El cine de Littín tenía antecedentes inmediatos y experiencias paralelas en varios países del mundo. Costa Gavras en Grecia y luego en el exilio; Sanjinés y Eguino que desarrollaron un cine boliviano con películas como “Sangre de cóndor” y “Chuquiago”; Tomás Gutiérrez Alea, Humberto Solás y Néstor Almendros, entre los principales realizadores del nuevo cine cubano, enmarcaron y dieron estructura propia a este género cinematográfico.

Pero la época dorada del movimiento cultural chileno termina abruptamen-

te el 11 de septiembre de 1973, con el asesinato de Salvador Allende y la toma del poder por parte del general Pinochet. Es conocida la situación que se generó en el país a partir del golpe de Estado. La tortura, las desapariciones y los asesinatos marcaron la instauración del imperio del terror. Con los antecedentes libertarios que identificaron al movimiento artístico y cultural chileno, es comprensible por qué la dictadura se ensañó con especial sevicia contra sus representantes. La muerte, a las pocas semanas del golpe, del poeta de poetas Pablo Neruda, fue el triste presagio de los días que se avecinaban. Entre los cientos de artistas y trabajadores de la cultura que tuvieron que abandonar el país, al igual que otros miles de personas, se encontraba Miguel Littín.

En su nueva condición de ciudadano del mundo, Littin continúa haciendo lo que sabe hacer: cine. Su último trabajo, "Alsino y el cóndor", es una coproducción entre Nicaragua y el ICAIC cubano, violenta fábula acerca de la guerra, durante la revolución nicaragüense, apreciada por la óptica de un niño con un solo sueño: volar. A lo largo de todos estos años algo venía inquietando en forma permanente la mente del director: el deseo de realizar una película documental acerca de la real situación que vive Chile, que sirva de alternativa a la "historia oficial" presenta por el régimen de Pinochet tras diez años de dictadura.

Lo que en un principio pudo ser calificado como una idea descabellada fue tomando forma lentamente y esa larga espera, llena de impotencia y frustración, se vino a materializar en forma doblemente válida. De un lado, la realización del "Acta General de Chile", película que a lo largo de cuatro horas recoge la situación interna del Chile diario y real. De otro lado, la publicación de un libro-reportaje escrito por Gabriel García Márquez y que en su título, "La aventura de Miguel Littin clandestino en Chile", resume la historia de una historia que merecía ser contada.

Más de dos meses de filmaciones a lo largo de Chile, realizadas por tres europeos, varios equipos de apoyo locales y un magistral trabajo de edición, dieron como resultado la producción de cuatro horas de sobrecogedora realidad, preparadas en un principio para televisión y reducidas posteriormente a dos horas para el cine.

La película en sí, como documento de denuncia, no pretende ser una muestra especial de manifestaciones estéticas, como posiblemente lo hubieran deseado algunos puristas del séptimo arte. Pero es bueno anotar que esto no obsta para que la realización no tenga una perfecta relación y armonía entre las imágenes, los diálogos, la música —Ángel Parra— y las tomas de archi-

vo. Desde el punto de vista de la estructura formal, la película está dividida en cuatro capítulos que tratan de abarcar los aspectos más importantes de la vida chilena. Una vez iniciada la secuencia se aprecian tomas de Santiago y la voz de Littin en "off" que va acompañando su nueva figura de próspero hombre de negocios, calvo y con gafas, prueba más que dicente de lo difícil que debió ser adoptar una nueva personalidad para ingresar en forma clandestina a su propio país. De aquí en adelante la cámara comienza a pasearse como testigo de excepción por ese Chile con caparazón de modernismo y desarrollo, de amplias e iluminadas alamedas llenas de gente, enfrentado al Chile del diario vivir, el de los pobladores de las zonas marginales, el de los mineros del norte, el de los pobladores de Valparaíso, el Chile del "rebusque".

Mediante la ágil utilización del material logrado por los equipos de entrevistadores se va desnudando la aparente calma de las calles dando cabida al terror cotidiano, al mundo de los desaparecidos, de los torturados, de los asesinados. En pocas palabras, y como dijera la hija de un detenido desaparecido desde 1974, el ingreso a "la cultura de la muerte". Es tal vez en esta forma como la película logra, a nivel documental, uno de sus mejores objetivos: establecer un nexo directo entre todo aquello que se ha dicho o se intuye de los años de dictadura, con la denuncia directa y la presentación de los casos y las vivencias concretas de atrocidades por las cuales deberán responder algún día los miembros y colaboradores de la dictadura.

Es bastante difícil que al espectador le queden dudas ante los testimonios que se van presentando ante sus ojos. La declaración de un exministro de Justicia de la Junta Militar, que niega reiteradamente el imperio de las torturas y las desapariciones; el testimonio de un miembro de un equipo de torteras y desapariciones que hace

helar la sangre; denuncias de familiares de detenidos desaparecidos; una entrevista con miembros del Frente Patriótico Manuel Rodríguez; una conversación con ciudadanos relegados a los últimos confines del país y, en fin, con toda una población que vive su propio exilio interior.

Terminan las secuencias con un impresionante testimonio de lo muchas veces contado, pero jamás presentado en forma tan vivida, acerca de los acontecimientos del 11 de septiembre de 1973 y la solitaria lucha del presidente Allende. Pasan los recuerdos de sus familiares, asesores y amigos. Pasa de nuevo la tristeza y la impotencia.

Hace unos años, el maestro Julio Cortázar escribió un artículo con base en una relectura del libro de Orwell, 1984, y decía que comparado con los totalitarismos actuales "el horror es infinitamente más grande en 1984, porque su límite no está en sí mismo, en la progresión del mal, sino en la inversión de la esperanza, el descubrimiento de que es también una de las fuerzas del mal". Luego de observar las cuatro horas de realización cinematográfica entregadas por Littin, no queda duda de que si hay algo que conservan los chilenos, dentro y fuera, es una buena dosis de esperanza, de fe en un futuro lleno de "grandes alamedas por las que circulará el hombre nuevo". Queda, pues, este documento filmico como prueba hacia el futuro de un periodo de oscuridad que difícilmente será olvidado, y como un homenaje —al decir de Mario Benedetti— a "quienes adentro y afuera viven y se desviven, mueren y se desmueren".

José Luis Ramírez. Abogado.